

## AQUEL SÁBADO DE JULIO

**Lea Fernández**

Don Fernando se apeó del coche de línea en el Alto de Extremadura. Era la primera vez que pisaba la capital. Acostumbrado a Navalморal, el calor de Madrid en junio no le pareció excesivo. Anduvo hasta la calle Caramuel donde se encontraba la pensión de doña Elvira, el sitio en el que se alojaban los de su pueblo cuando venían a la ciudad. Llevaba tan solo una maleta. Llena con sus libros y su mejor, y único, traje, el que se pondría al día siguiente para su primer día en su nuevo trabajo. Hijo de maestro, él y su hermano habían seguido la tradición familiar y habían estudiado en la Escuela Normal de Magisterio. A sus 26 años había trabajado sólo en algunos pueblos extremeños: Aceuchal, Villafranca y Villanueva de la Serena. En estos destinos don Fernando era el maestro del pueblo, en escuelas de un solo aula en la que se juntaban los niños del pueblo de distintas edades y niveles académicos.

En esta ocasión Fernando tenía un nuevo destino en Madrid. El director de un colegio de la capital contaba él para iniciar un proyecto educativo en este centro, recientemente inaugurado. Fernando aceptó el reto con gran ilusión. En Madrid, los estudiantes no eran como los de los pueblos extremeños, éstos en cuanto aprendían a leer algunas líneas y vagamente las cuatro reglas abandonaban la escuela para trabajar en el campo, cargar fardos y vender el producto por los mercados de la comarca. Los estudiantes madrileños serían distintos. Para empezar, le habían asignado un único nivel, daría clase en Educación Primaria a los niños y niñas de 12 y 13 años. Con estos alumnos sí que podrían leer a los clásicos y practicar matemáticas avanzadas, y física, y química. Alguno hasta iría a la universidad, seguro que más de uno. Sus alumnos llegarían a ser maestros, historiadores, médicos o incluso jueces.

Vació los libros de su maleta en un aula circular de la planta de arriba, un aula repleta de luz. Los ordenó por materias y en riguroso orden alfabético. Pasaría el verano solo en Madrid, los otros maestros aprovechaban las vacaciones para volver a sus pueblos. Pero Fernando, recién llegado, y sin dinero para regresar a su casa, quería preparar todo al detalle. Quería impresionar a los alumnos con un proyecto educativo novedoso y moderno, adaptado a los nuevos tiempos.

Según avanzaba el verano y se adentraba el mes de julio el calor apretaba y don Fernando madrugaba un poco más para salir temprano de la pensión y caminar por el río hasta la escuela donde pasaba el día organizando los materiales para el curso que comenzarían en septiembre. Entre las asignaturas que daría se incluía el deporte, que practicarían a diario, dado que estaba demostrado que mejoraba la capacidad de concentración de los estudiantes. También estaba organizando

excursiones por la Sierra de Guadarrama, aunando en ellas las asignaturas de geografía, geología y biología.

Aún quedaban semanas para el inicio del curso y don Fernando continuaba agrandando su ilusión por empezar a trabajar con sus nuevos alumnos. Esa ilusión se iba ampliando también hacia otros objetivos. Pensaba que en un año igual habría ahorrado lo suficiente para buscar un alojamiento más espacioso y podría dejar la pensión de doña Elvira. Entonces buscaría una novia y formaría una familia. El calor veraniego avivaba las ensoñaciones de Fernando y de la noche a la mañana aquel sábado de julio lo cambió todo.

El alzamiento militar que desencadenó el inicio de la Guerra Civil deshizo todo lo que Fernando había construido. Los colegios no abrieron, y el suyo, ubicado estratégicamente en la margen izquierda del Manzanares, serviría de trinchera para el bando Nacional. Don Fernando no llegó a conocer a sus estudiantes madrileños, nunca pudo llevar a cabo su proyecto en la nueva escuela. Ni en esta ni en ninguna otra. Esa guerra le quitó todo.